

Mis inmigrantes: la familia de Florinda Romo Hernández

Elena Diego Romo

San Felices de los Gallegos no era más que una pequeña aldea al oeste de la provincia de Salamanca, con su torreón y sus sembrados. Allí nacieron mis abuelos, José Romo Hernández, el 10 de septiembre de 1882, y Teodora Hernández Francisco, el 19 de septiembre de 1885. Pero cuando contrajeron matrimonio nunca imaginarían que su futuro se encontraba a miles de kilómetros de distancia, en una pequeña isla del Caribe.

Mi abuelo, según el cupo del pueblo, tuvo la suerte o la desdicha de ser quinto con el número 23, con lo que se consideraba elegido para el Servicio Militar Obligatorio, según las normas. Sin embargo, el 29 de mayo de 1905, fue declarado excluido totalmente debido a una cojera que presentaba en la pierna derecha.

Dos años después, el 3 de diciembre de 1907, nacería Florinda Romo Hernández, su primera hija, también en San Felices de los Gallegos. La situación económica evidentemente se tornó más compleja, así que decidieron venir para Cuba. ¿Cómo conocieron de la existencia de la isla? Realmente nunca lo supimos, quizás por los cuentos que se corrían de boca en boca.

Como tantos otros emigrantes españoles les sería muy difícil reunir el dinero para el viaje, por sus escasos recursos económicos, de manera que primeramente viajó José solo a Cuba en 3^{ra} clase del vapor “Navarre”, desde el puerto de Santander, en España, el 4 de noviembre de 1910. Luego de su arribo a Cuba por el puerto de La Habana, en los primeros meses trabajó como albañil en la construcción del Malecón de La Habana y del puente sobre el río Almendares. Pero su cojera de la pierna lo limitaría físicamente por lo que tuvo que abandonar aquel trabajo y dedicarse a jardinero el resto de su vida.

Con el dinero ahorrado aquellos años, mi abuelo hizo un esfuerzo por reunificar a su familia y en 1912 pudo pagar el viaje en barco de mi abuela

y mi madre, Florinda, que para aquel entonces tendría apenas cinco años de edad. Así, mientras pudo abrirse camino aquí en Cuba, mi abuelo fue trayendo a sus hermanos, en la medida de sus posibilidades. Algunos tuvieron que volver de nuevo para España, pues el clima no les asentaba, y al final sólo quedó uno de ellos, Francisco, que a su fallecimiento fue enterrado en el Panteón de la Colonia Salmantina en el Cementerio de Colón. De la familia de mi abuela nunca tuvimos noticias, sólo sabemos que emigraron también para Venezuela y no volvieron a saber nunca más de ellos.

La unión de mis abuelos fue muy prolífica, llegando a tener seis hijas hembras además de mi madre, que serían: Agustina (la más pequeña y única que queda con vida), Francisca, María, Pilar, Fefita y otra que murió de niña. Siendo una familia tan numerosa, ellos tuvieron una vida de mucho sacrificio y trabajo. Mi abuela primero cocinaba a españoles que no tenían familiares en Cuba y después lavó para la calle casi toda su vida.

Mi madre, por ser la mayor de todas, tuvo que trabajar desde muy pequeña para poder ayudar en el sustento de la casa. Primero comenzó cuidando niños, y así en una ocasión tuvo que irse a vivir a Matanzas con la familia de uno de ellos, separándose varios años de sus padres y hermanas. Nos contaba que era tan pequeña que tenía que subirse a un banquito para alcanzar el lavadero. Más adelante, cuando tuvo edad suficiente, pasó a trabajar en una fábrica y luego como costurera en la tienda Inclán y en el asilo María Jaén en Marianao.

En dicho asilo, dirigido por las Hermanas de la Caridad de San Vicente de Paúl, conoció al sobrino de la Superiora, Diego Navarro Pérez, con quien contrajo matrimonio el 12 de diciembre de 1936 por lo civil y el 13 de ese mismo mes por la Iglesia.

Como era costumbre en la época, mi madre dejó el trabajo luego de casarse, pero con el matrimonio vinieron los hijos y la vida se tomó más sacrificada. Tuvieron tres hijos, un varón, Diego, y dos hembras, Josefa Cecilia y Elena, la más pequeña que falleció de un año y medio. Mi padre trabajaba en un telar y mi madre comenzó a coser para la calle. Ella siempre fue una mujer muy emprendedora y luchó siempre por tratar de salir adelante. A sus hijos, de acuerdo a sus posibilidades, les dieron una carrera, porque no querían que pasaran tanto trabajo y necesidades, sobre todo como ella había pasado. Consiguieron una beca para que su hija Josefa pudiera estudiar Comercio en la escuela de las Hermanas de la Caridad, y el varón estudió en la Electromecánica de la Escuela de Belén. Ambos se sacrificaron para que sus hijos pudieran estar al nivel de los demás alumnos, cosa que a veces no fue fácil. Mi madre llegó a ser encargada de un edificio para no tener que pagar el alquiler del apartamento donde vivían, pues en esos momentos su esposo estaba operado y él trabajaba de carpintero por cuenta propia.

Como fruto del esfuerzo, pudieron ver a su hija graduada en el Teatro Auditórium de La Habana, y según nos contaba ella, esa fue una de las alegrías más grandes de su vida, aunque yo considero que su mayor felicidad fue poder regresar a España, pues nunca pensó que ese sueño se pudiera hacer realidad.

Cuando Sebastián Duque, en aquel entonces Presidente de la Colonia Salmantina de Cuba, le dijo que la llevaría a su pueblo natal en el viaje del Plan Añoranza, recuerdo que ella le dijo: “Duque, con eso no juegues”. Gracias a Dios que ese gran anhelo de su vida se pudo cumplir. Imagínense lo que significaba para ella volver a tocar su tierra española, de la cual había salido hacía 85 años atrás.

En Salamanca estuvieron hospedados en el Seminario de los Padres Reparadores, donde las muchachas que allí trabajaban y los estudiantes de curas se desvivieron en atenderla al ser la mayor del grupo cubano. Les hicieron un recibimiento magnífico con visitas a corridas de toros, centros comerciales, entrevistas para la radio y la prensa, etc. Pero lo más emocionante fue el día que pudo caminar por las calles de su pueblo de San Felices de los Gallegos, ir a la casa donde había nacido en la Calle Los Pozos No. 20, entrar en la Iglesia donde fue bautizada y rememorar los recuerdos de su infancia. Allí, al igual que en Salamanca, la recibieron como decía ella, “como si fuera una reina”, todo fueron agasajos.

Sus últimos seis años los pasó recordando los momentos que había vivido en España, con los álbumes de fotos y recortes de periódicos que sus hijos le confeccionaron, y deseando poder volver de nuevo. Sin embargo, al menos tuvo la satisfacción del regreso, algo que sus padres nunca pudieron alcanzar. Mi abuela falleció el 17 de julio de 1961 y mi abuelo el 11 de enero de 1962.

Mi madre siempre luchó por mantener en la familia el amor por su querida España. A pesar de su avanzada edad, dentro de la Colonia Salmantina en Cuba fue uno de los miembros más entusiastas, llegando incluso a formar parte de la directiva, sin que hubiese una fiesta o reunión que no contara con su presencia y entrega, como por ejemplo la recepción que dieron los Reyes de España en su visita a Cuba. De ahí que hubo quien le puso el sobrenombre de “El Estandarte”.

Cuando cumplió los 95 años en 2003, la Colonia Salmantina le dio un almuerzo en el restaurante que tiene la Agrupación Castellana y Leonesa, en homenaje a la natural de más edad que había en Cuba en ese momento. Su última actividad fue la conmemoración del 83 Aniversario de la fundación de la Colonia Salmantina en febrero del 2004, dos meses antes de su fallecimiento, el 16 de abril del mismo año.